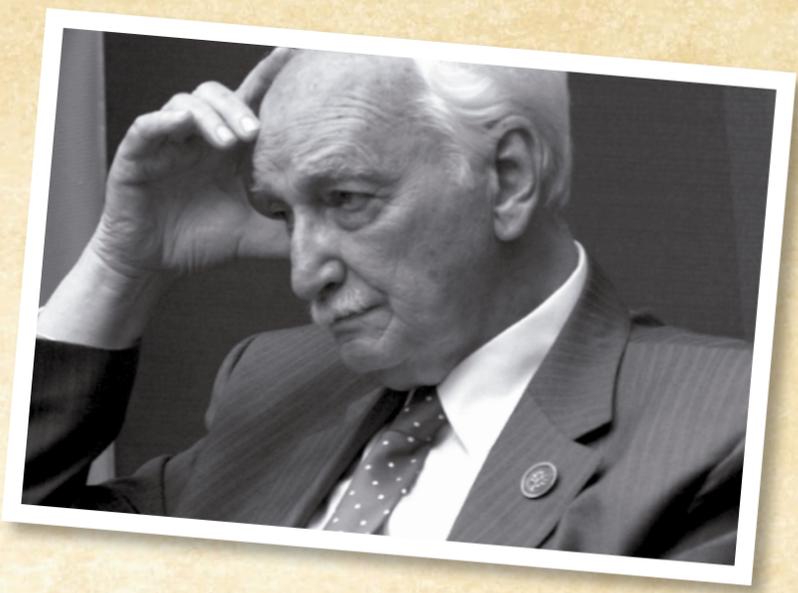


Seis años sin

Don Pedro



Los amigos se recuerdan o se olvidan. Nosotros preferimos recordar a don Pedro Ángel Palou Pérez seis años después de que cruzó a la otra orilla. En el cuarto aniversario de su fallecimiento **Hipócrita Lector** lo homenajeó y convocó a varios de sus más cercanos contertulios para que lo recordaran a través de las palabras, ese instrumento de trabajo de don Pedro. Querido amigo: hay una silla vacía en nuestra mesa. Ésa es la suya.



En San José (de Chiapa) Palafox no perdió el contacto con sus colaboradores de Puebla, con Obispos de otras regiones, con España misma, conoció al detalle los sucesos de Puebla, la actitud del Virrey, de la Inquisición, pudo recibir vicentinos que reseñaron los sucesos de Puebla, siempre de manera subrepticia. En su primera visita de su anfitrión a Puebla, allí escribió su primera pastoral en el "exilio" o "retiro", según se le quiera llamar, también se cita a Pedro Ferrer como uno de los visitantes a la hacienda, bautizada con el poder de visitador real como San José "de Chiapa", Chiapa en náhuatl dice el especialista Felipe Franco es "en el pantano o en el cieno", fue cabecera municipal en 1895 del Distrito de Tepeaca el 5 de julio dispuso en auto el nombre de esta hacienda bendición para la familia Salas-Larios experiencia inolvidable para el obispo.

Palafox influyó con su ejemplo y recomendación a que la hija mayor del matrimonio anfitrión se hiciera religiosa con el nombre monjil de Josefa de San Juan y la más pequeña como Elvira de San José ambas en la orden de Santa Inés dominica un hermano Fernando sacerdote Mariana casó con el Capitán Fernando de Valles Llanos

Don Juan Salas murió 1671, su esposa vendió la hacienda en 1681 y se trasladó a Puebla donde murió en 1681, todos ellos declararon en los procesos

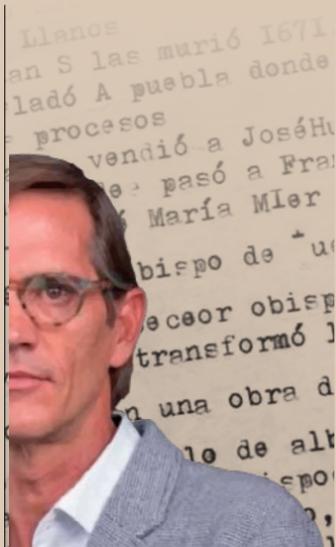
La Hacienda se vendió a José Hurtado de Mendoza, Conde del Valle de Orizaba, más tarde pasó a Francisco de Mier, Caso y Estrada su muerte a su hijo José María Mier que la donó a la Mitra Poblana Fabián y Fuero vigésimo obispo de Puebla, palafoxiano amoroso, realizó dos homenajes a su antecesor obispo, levantó la Biblioteca que llamamos Palafoxiana y transformó la modesta capilla de la hacienda de San José de Chiapa en una obra de arte única en el arte religioso de México con un retablo de alabastro poblano (Tegali), obra terminada en 1769 y consagrada por el Obispo de México Francisco de Lorenzana en 1772, predicando Fabián y Fuero, motivo más que suficiente para visitar esa joya que redescubrió el Dr. Efarán Castro Morales en 1972

texto leerlo despacio y saborearlo rico en matices en la introducción Fernández Gracia hace una exhaustiva información sobre los grabados realizados en Europa sobre la estancia de Palafox en San José de Chiapa PALMERA LEY Y ORABA...

Don Pedro siempre escribió en máquina mecánica. Hasta el final de sus días. En este escrito habla sobre Juan de Palafox y Mendoza.

HL
hipócritalector
SUPLEMENTO
ESPECIAL

Oídos Sordos



JAVIER PALOU

Con el dolor más profundo, recién fallecido mi padre en enero del año 2018, ante el Congreso del Estado y un año más tarde en homenaje póstumo en su Casa de Cultura y consecutivamente cada once o cada homenaje que se le realiza he mencionado que lo que más desearía mi padre es regresarle la vida, la alegría, la gente al antiguo Colegio de San Juan, a los talleres de iniciación artística adyacentes y el impulso sin tregua de la incomparable Biblioteca Palafoxiana, misma que debido a su trascendencia histórica el Gobierno Federal lo decretó desde 1981 “Monumento Histórico” de México.

El más significativo homenaje será siempre la defensa de lo que rescató, construyó, impulsó durante más de cincuenta años de trabajo constante.

Y ahora no hay pretexto que valga, ya que este 2024 se cumplen cincuenta años de la fundación de la hoy Casa de Cultura “Pedro Ángel Palou Pérez”, la misma, que por su defensa y restauración le merecieron en 1975, el Premio al Mérito por parte de la Sociedad Defensa del Tesoro Artístico de México. Importante mencionar que, como bien afirmaba mi padre, la Casa de la Cultura de Puebla no nació como un híbrido ni por generación espontánea, es la resultante de una línea no oculta por la promoción y difusión de la cultura, que desde 1964 fue construyéndose con la creación de la Comisión de Promoción Cultural y el Festival Internacional, que va a tener continuidad en la ya Dirección de Promoción Cultural, en 1969, y que culmina con esa parte con la Casa de Cultura, en 1973, que solamente con la solidez de un decreto del Congreso podría darle vida al nuevo organismo y la Hemeroteca pública que nacieron juntas.

Todo ello fue creado para responder a la demanda poblana socio-cultural con capacidad para ello por su larga tradición, pero que hasta entonces carecía de un espacio que enriqueciera sus sentidos y de permanente animación cultural, pero:

- Sin facciones.
- Sin banderas.
- Plural.
- Abierta.
- Democrática.

Donde cupieran todas las expresiones artísticas y todas las ideas, con un esquema distinto a todos los organismos semejantes y tradicionales, por ello se incorporó un centro difusor, una fonoteca, una hemeroteca, una fototeca, una cinemateca, una cafetería, en la que siempre, además de salas de exposiciones plásticas y de conferencias, el usuario encontrara algo diferente y que lo disfrutara; ese esfuerzo tuvo siempre como mejor aliado al público poblano que conjuntamente con los creadores, los intelectuales, los académicos le fueron moldeando su fisonomía hasta convertirla en patrón y ejemplo nacional.

Con el tiempo esas áreas fueron creciendo, consolidándose y en su ya cineseca y -cineclub-, Luis Buñuel, (quien dio generosamente su nombre de manera insólita) generaciones enteras vivieron su aprendizaje del séptimo arte. De Fellini a Kurosawa, de Tarkowsky a Wajda pasando por Ripsten, Jaime Humberto Hermosillo o, *Los Caifanes* de Ibáñez con guion de Carlos Fuentes.

Gracias al nieto de Juan Crisóstomo Méndez, la fototeca lleva el nombre y obra del notable fotógrafo poblano.

Un día se instaló también el taller literario del INBA a cargo de Miguel Donoso Pareja y luego David Ojeda. Ellos enseñaron en realidad el rigor a dos generaciones de escritores poblanos. La generación de los llamados Cronopios (Eladio Villagrán, Luis Neve, Juan Tovar) y la nueva generación del taller de Donoso convivían en el café de la Casa de Cultura. En esta casona que ha albergado tantas cosas pasaron José Emilio Pacheco, Gabriel García Márquez, Sergio Pitol, Eraclio Zepeda, José Luis Cuevas, Marta Molina, Carlos Arruti, Desiderio Hernández Xochitiotzin, Eladio Villagrán, Alejandro Aura, Raymundo Sesma y por supuesto Juan José Arreola, Edmundo Valadés y Juan Rulfo que fueron los sostenedores del concurso Latinoamericano de Cuento, el más antiguo en el continente y con más adeptos, entre muchos más.

La Casa de la Cultura representó y deseamos siga representando el lugar de aprendizaje y madurez de muchos artistas. No olvidemos los tradicionales y numerosos torneos de ajedrez que contribuyeron a la formación de miles de niños y jóvenes poblanos. Una característica más fue la promoción de las mejores tradiciones; Ofrendas, Altar de Dolores, Talleres Literarios, Certámenes anuales, los de las lenguas madres que se hablan en la entidad y las biografías de las personalidades históricas poblanas como preservación unos, como difusión de forja todos.

Como pivote La Casa de la Cultura —ya consolidada— inició la red de casas de cultura y de bibliotecas en la entidad. El taller de cerámica tanto de Talavera, como de barro laqueado, a cargo del maestro Gerardo Castellanos, dio oficio a jóvenes y adultos. Mencionar todo sería titánico. Con lo expuesto es suficiente para dar cuenta del valor y para entender que es indispensable invertirle nuevamente a la cultura en estos tiempos en que lo efímero y lo superfluo nos confunde y aleja de nuestra identidad, de nuestras raíces y tradiciones.

No se necesita inventar nada, resulta absurdo creer que personajes y obras pictóricas modificadas resulten ser el atractivo cultural de un estado con un rico patrimonio arquitectónico, con un acervo de clase mundial, repleto de costumbres y tradiciones y, además, con un Centro Histórico Patrimonio Cultural de la Humanidad que ha sido envidia y al mismo tiempo referente desde el mundo Novohispano hasta nuestros días.

Es una estulticia mayúscula dejar fuera o darle un papel limitado en el ámbito gubernamental a la cultura, en principio, porque es un Derecho Humano y porque nuestra Constitución, en el artículo cuarto, párrafo noveno, mismo que se adicionó en 2008, dice: “Toda persona tiene derecho al acceso a la cultura y al disfrute de los bienes y servicios que presta el Estado en la materia, así como el ejercicio de sus derechos culturales. El Estado promoverá los medios para la difusión y desarrollo de la cultura, atendiendo a la diversidad cultural en todas sus manifestaciones y expresiones con pleno respeto a la libertad creativa...”

Y porque la cultura debe de ser un eje transversal para mejorar la calidad de vida de los ciudadanos, la cultura debe de ser el cuarto pilar del desarrollo.

Al final, no puede estar equivocada la Organización de Estados Iberoamericanos para la Educación, la Ciencia y la Cultura (OEI) cuando afirma categóricamente que: La cultura contribuye de manera positiva y eficaz a través de estrategias y acciones que contemplan el desarrollo social y económico inclusivo, a la sostenibilidad medioambiental, la convivencia, la cohesión social, la paz y la seguridad.

Es increíble que, teniendo ya lo más difícil, se estén desaprovechando las instituciones culturales poblanas, se distorsione el verdadero sentido humanístico de la cultura en su expresión más amplia. Hoy hay un nuevo secretario de Cultura y está acompañado como jefe de oficina de José (Pepé) Melo, quien no debe olvidar lo vivido junto a mi padre, saben Enrique y Pepé de sobra lo que hace falta, ya fueron muchas decepciones de la gente que ha pasado por ahí con más pena que gloria, pisoteando y esforzándose por desaparecer un legado que le pertenece a Puebla y los poblanos. Al final, minúsculos personajes que no merecen siquiera ser nombrados. No se sumen a esa lista. La misma OIE considera imprescindible la actuación de los ministerios de cultura para sensibilizar a los jefes de Estado y de Gobierno sobre la amplia dimensión de la cultura y su papel determinante en el desarrollo de cualquier comunidad.

Nosotros seguiremos con el dolor profundo de su ausencia.

Ustedes cumplan su labor y regresen la vida, la alegría, la gente a su casa y entendamos juntos que no se puede siempre vivir con oídos sordos.



JUAN VILLORO

El profesor Palou

Quando conocí a Pedro Ángel Palou Pérez, me sorprendió encontrar a un hombre que reunía inusitados atributos: porte de basquetbolista, sonrisa afable de pediatra y energía de misionero. Yo tendría entonces unos veintidós años y él ya era un veterano promotor de la cultura en Puebla.

Emprendía sus actividades con un tesón entusiasta, como quien encabeza una cruzada que al mismo tiempo es una fiesta. Hasta la fecha, en su ánimo la alegría coexiste en forma plena con la capacidad de organización.

A casi cuarenta años de ese encuentro, el “profesor Palou”, como lo llama tanta gente, me sigue pareciendo un atleta que se jubiló de las canchas para convertir la cultura en un deporte.

Lo primero que me impresionó de su carácter fue el trato franco e igualitario que concedía a todo tipo de personas. Yo era un aprendiz de escritor, sin mayor virtud que ser discípulo de Miguel Donoso Pareja, cuyo legendario taller de cuento transformó la joven literatura en los años setenta y ochenta del siglo pasado. Otro egresado de ese taller, David Ojeda, me había invitado a formar parte del Concurso Latinoamericano de Cuento, que se otorgaba en Puebla, bajo los auspicios de la Secretaría de Cultura, es decir, del profesor Palou.

Yo me consideraba demasiado “verde” para la tarea de juzgar a los demás, y así se lo dije a David. Con la autoridad de un hermano mayor, me convenció de pertenecer al jurado. Palou pudo haber protestado por la elección de alguien tan bisoño; sin embargo, me trató con absoluta naturalidad y contó una historia para tranquilizarme. Desde entonces advertí su capacidad para transformar la enseñanza en una variante de la narrativa.

Sin aludir al tema de mi excesiva juventud, contó una anécdota aleccionadora. Poco antes de mi llegada, Juan Tovar había recibido un reconocimiento como autor poblanero. El autor de *El mar bajo la tierra* aún era joven, pero ya pertenecía a la tradición. El gobernador lo citó en su oficina para felicitarlo. Como suele suceder con los funcionarios de alto rango, sometió al visitante a una espera excesiva. Seguramente, en su condición de dramaturgo, Tovar recordó entonces que el precursor del teatro moderno mexicano, Rodolfo Usigli, dedicó una obra al discutible arte de la antesala política.

Recién egresado de la “literatura de la onda”, Tovar usaba melena de rocanrolero. Cuando finalmente fue recibido, el gobernador dijo algo de este estilo: “No sabía que habíamos premiado a un greñudo”. Con invencible ingenio, Tovar contestó: “No, si llegué a su oficina con el pelo corto, pero me hizo esperar tanto que ya me creció”.

Palou se desternillaba de risa al contar esta escena que revelaba la superficialidad del poder y la necesaria discrepancia del artista. Con esa historia, me hizo saber que las apariencias importan poco en cuestiones literarias y que si algo desentona en ese mundo, es la solemnidad de los funcionarios. Yo llevaba el pelo tan largo como Tovar y era aún más joven que él, pero el profesor estaba dispuesto a darle la bienvenida a las nuevas voces que, por definición, carecen de antecedentes.

Compartimos días de humor en los que no dejó de ilustrarme acerca de la cultura y la historia de Puebla. Supe que me encontraba ante un erudito que aleccionaba por medio de la charla e impartía seminarios con talento de tertulias.

Muchos años después recorrería con él una exposición de grabados sobre la Batalla de Puebla que reunía tanto la visión de los caricaturistas mexicanos como la de los franceses. Para entonces, ya me había vuelto adicto a sus explicaciones y conocía su habilidad para mejorar el arte con un dato preciso o una trama inesperada.

Ante sus múltiples empeños, es fácil ceder a la tentación de calificarlos de “quijotescos” por su capacidad para hacer que la fantasía supere las limitaciones de la parda realidad. La diferencia con Alonso Quijano es que en él no hay melancolía. En su espigado cuerpo no cabe la triste figura. Es un Quijote que se sale con la suya.

Hace un par de años me invitó a una reunión de cronistas en el Teatro Principal de Puebla, decano de los foros nacionales. Pensé que se trataría de un encuentro entre colegas. En efecto, eso era, pero no había profesionales del gremio. Palou había creado una red de cronistas voluntarios en todos los municipios del Estado para que cada uno de ellos contara la historia de su gente. Estábamos ante los delegados de la voz popular, capaces de transformar a una extensa región del país en un rico entramado narrativo. ¿Quién más habría ideado algo semejante?

He tenido la suerte de conocer a su esposa y a dos de sus hijos, que heredaron sus pasiones por el deporte y la cultura, Juan Ignacio, portero de varios equipos y exitoso director deportivo de Xolos, en Tijuana-, y Pedro Ángel, novelista, ex rector de la UDLA y ex Secretario de Cultura, como su ilustre padre. El dato es importante porque el profesor transmite un afecto intensamente familiar. Es el tío decisivo, el pariente que a todos nos hace falta.

En un ámbito díscolo, donde las envidias y las vanidades son moneda corriente, Palou es ajeno al egoísmo. Ha entendido la cultura como una oportunidad de favorecer a los demás. En una ocasión lo vi llegar a la Biblioteca Palafoxiana y sentarse con discreción en la última fila. Aunque todos lo conocían, no deseaba ser protagonista sino espectador.

Nada más lógico que este hombre excepcional reciba un homenaje. En lo que a mí toca, no he dejado de agradecer, a lo largo de casi cuatro décadas, el privilegio de frecuentar al joven permanente que atraviesa los patios decisivos de Puebla con porte de basquetbolista, sonrisa de pediatra y energía de misionero: Pedro Ángel Palou Pérez.



MARIO ALBERTO
MEJÍA

Retrato en sepia de don Pedro

Entre a un privado del restaurante La Casa de los Muñecos, del centro, gracias a la generosa invitación de David Villanueva. Fue antes de 2018, año en que morirían, entre otros, don Pedro Ángel Palou Pérez, Martha Erika Alonso y Rafael Moreno Valle.

Ya están en el restaurante Pedro Ángel Palou García, Jorge Volpi, Jota Jota Armas Marcelo —el legendario Juancho—, Mónica Lavín, Alejandra Gómez Macchia, Miguel Maldonado, Fritz Glockner y el propio David. Más tarde, salvo Fritz, que se había ido, llegamos a la siempre enigmática hora de los whiskies y los rones.

(Es enigmática porque el que va a pasar a otra dimensión —la de la ebriedad absoluta— empieza a ponerse borroso sin darse cuenta. Los que lo advierten si acaso se pondrán a murmurar).

Un tema apareció en el ambiente: los recientes libros que Rafael Pérez Gay y Héctor Aguilar Camín habían escrito sobre sus seres más cercanos con indudable crudeza. El primero, sobre su hermano José María. El segundo, sobre su padre. Había una coincidencia: que los retratos de ambos eran crueles y dolorosos.

Les pregunté a Pedro y a Volpi si algún día escribirían con esa dureza acerca de sus padres. Volpi respondió que estaba por publicar una novela sobre su padre. Pedro dijo que no lo tenía planeado, pero que quizá en el futuro lo haría.

En dos ocasiones me tocó ver el saludo de los Pedros Palou. “¿Cómo está, don Pedro?”, le decía con una sonrisa bañada de cierta ironía el menor de ellos. “Pedro, ¿cómo te va?”, respondía el mayor con una emoción evidente. Cosa curiosa: estamos hablando de escritores. Escritores que son también padre e hijo. El mayor de los Palou, orgulloso de su hijo. Y éste, en reciprocidad inevitable, orgulloso de su padre.

Me imagino a Pedro chico décadas atrás, cuando influido por don Pedro devoraba libros y enciclopedias, e iba formando esa memoria prodigiosa que lo habilita como uno de los escritores más hechos, más formados, de la literatura hispanoamericana.

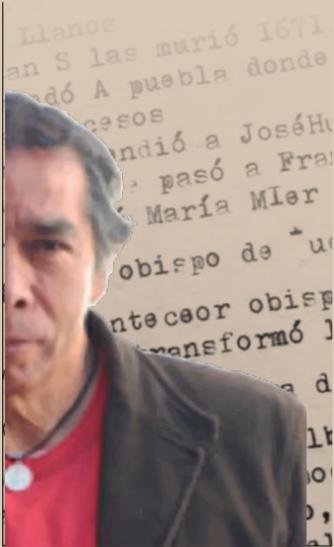
Cómo olvidar las palabras de Christopher Domínguez Michael, severo crítico del Crack, quien lo reconoce como una de las dos personas más dotadas oralmente que ha conocido en su vida, pues tiene conectado el cerebro a una redacción impecable a la hora de hablar.

Infancia es destino, ya lo sabemos, y en el caso de Pedro es evidente que tuvo un padre dedicado a cultivar su genio. Pero don Pedro tuvo una vida propia. Me quedo con las líneas del poeta Miguel Maldonado que hablan de que el mayor de los Palou inventó Puebla y la batalla del 5 de mayo. Cierzo: ya existían, pero don Pedro las inventó y las puso a rodar por el mundo. Éste también inventó la amistad literaria en nuestros rumbos: esa amistad generosa bañada de giros, matices y texturas.

En su momento, don Pedro fue el gran solitario en los círculos políticos de Puebla. Y es que no tenía interlocutores de su estatura. Dictaba cátedra, pero no tenía con quién conversar. Sus amigos estaban en otros lados. Uno de ellos, gran amigo de la infancia, fue Salvador Elizondo, el genial autor de Farabeuf, quien no lo olvidó en sus diarios de escritor. De él hablamos una tarde en un auto en Guadalajara, antes de que presentáramos, junto con Maldonado, un libro de David Villanueva. Tenía frescos los recuerdos de su amigo. Quedamos de hacer una entrevista sobre Elizondo. Nunca la concretamos.

El día que murió don Pedro sentí una tristeza real, de esas que se sienten cuando un ser muy querido se va de nuestras vidas. Cuando supe de su muerte, pensé en mi padre, dos años mayor que él, quien en su momento, no hacía mucho tiempo, participó en un taller de historia con el Palou mayor. La mañana del velatorio, estando frente a su féretro, abracé a doña Victoria, a Pedro y a Javier con esa misma tristeza real con la que escribo estas palabras.

Después de seis años de su muerte, descanse en paz el inventor de Puebla y de la batalla del 5 de mayo.

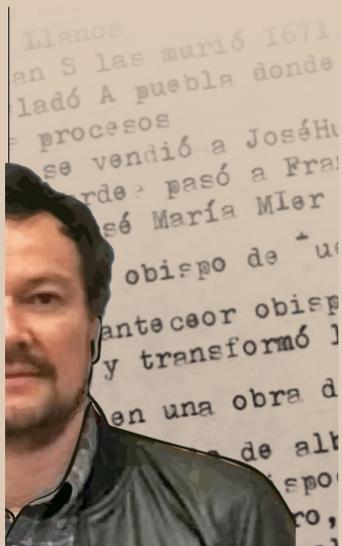


JUAN GERARDO
SAMPEDRO

Año seis de ausencia (líneas breves al Profe Pedro Ángel Palou Pérez)

A lo extenso lo breve: para enviarle una carta agradeciéndole al Profe Pedro Ángel Palou Pérez (el iniciador y fundador de la Cultura en Puebla) me harían tantas planas como las que se requieren al redactar una novela. Hace exactamente seis años nos abandonó físicamente don Pedro. Muchos lo seguimos recordando, aún es breve el tiempo y a pesar de eso lo llevaremos siempre en el recuerdo. Todavía lo recuerdo (ayer o hace cinco minutos) bajando las escaleras de la Casa de la Cultura donde casi dormía. Así fue desde 1973 hasta el día de su muerte. La nuestra es una generación que sólo recibió de él enseñanzas y una gran generosidad. Nos formamos cerca de él, nos mostró el camino, a hacer del oficio algo extraordinario y responsable. Cuidó y preservó la Biblioteca Palafoxiana, planificó el Premio Latinoamericano Edmundo Valadés y (esto es muy importante) rescató para la cultura varios edificios que sólo funcionaban para albergar a lo peor de la burocracia. Luchó contra la renuencia de uno que otro gobernador en turno, nunca confrontado, sí entregando proyectos sólidos. Restauró la Sala Alconedo, de quien fue un estudioso entusiasta, nos trajo las películas que eran ciclos temáticos. Vimos muchas, cada fin de semana: una alternativa al horrendo cine comercial y en una época en la éstos proyectaban historias de ficheras. Trabajar cerca del Profe Palou nos hizo humildes y transparentes, por él se abrió la convocatoria del primer taller literario y serio coordinado por Miguel Donoso Pareja en un momento en el que se medio difundían los trabajos de la Bohemia Poblana. Él formó el Consejo de la Crónica, hoy sin función alguna. ¿Qué se perdió ante su ausencia? Mucho, me atrevería a decir. ¿Qué quedó de lo que él construyó? Nada, lo digo sin tapujos. Es por eso que seguirá siendo el promotor de cultura insustituible más significativo que ha tenido el estado, no hay quien me contradiga o me diga lo contrario. Una manera de no olvidarlo es haciendo de nuestras tareas algo verdaderamente amoroso, lo nuestro: es su herencia.





MIGUEL
MALDONADO

Don Pedro: Autor del Quijote

*Sancho amigo, has de saber que yo nací por
querer del cielo en esta nuestra edad de hierro
para resucitar en ella la de oro, o la dorada,
como suele llamarse.*

CERVANTES, *Don Quijote...*

Conocí a don Pedro Ángel Palou Pérez, como dice el tango, cuando las nieves del tiempo ya habían plateado su sien. Es decir, lo conocí en su mejor momento, en estado absolutamente fáustico: ya con los toros pasados lo que quedaba de la jornada era contar lo bailao.

Y me lo ha contado todo, sus mil aventuras, aquellas épicas triunfantes y, también, aquellas justas perdidas. Y es que uno se imagina con personajes como él, que salieron airosos ante el juicio de la historia, que todo en ellos fue laureles y guirnaldas. Todo lo contrario, los espíritus así, que intentan reformar la vida pública, encuentran en el camino muchísimas trampas para oso. Recuerdo cuando me contó los días nublados en que la prensa poblana derramó contra él hígado en su tinta. Lo llamó el entonces gobernador don Guillermo Jiménez Morales, don Pedro pensaba lo peor, que ante los embates de la mala prensa, el gobernador habría cedido y que seguramente lo removería, pidiéndole la renuncia. Cruzaron miradas más bien cómplices, no hubo amonestación alguna, el gobernador se limitó a decirle que si la mala leche de la prensa continuaba así por varios años, entonces sí lo removería. El sarcasmo de don Guillermo fue el salvoconducto para que don Pedro sintiera el respaldo suficiente como para fraguar el día a día de las actividades culturales en Puebla y también para erigir las instituciones culturales dignas de nuestro Estado. Fueron muchos los políticos que creyeron en don Pedro Ángel Palou, y esto hay que decirlo: don Pedro sabía convencer a los hombres de poder, poseía ese don de encanto y genio que, como decía Ortega y Gasset, aparecen uno por siglo. Tuvimos la suerte de que Puebla contara con ese genio y figura.

Decía que conocí a don Pedro en sus mejores años, cuando su pensamiento quijotesco armonizaba con una silueta cada vez más parecida a la estampa del caballero de la Mancha. Lo conocí cuando finalmente lograron convivir en armonía su genio quijotesco y su figura quijotesca. Y es que don Pedro algún día, quizás abrumado de haber leído tantos libros de historia de Puebla, se levantó y decidió prolongar en los hechos ese esplendor glorioso de Puebla. Esta vez no desenfundó la lanza del astillero, simplemente tomó su sombrero del perchero y salió corriendo a reescribir una nueva era dorada, a reproducir un sueño de oro, a enamorar a los poblanos de Puebla, a velar las armas de los héroes caídos y a convencer al mundo de que la belleza y la inteligencia bien valen la vida de un hombre.

Conocí a don Pedro en su mejor momento, justo cuando terminaba de escribir su propio Quijote. (Nada nuevo, diría Borges, a todas las almas que desean un arcano mayor nos da por hacer lo del manco de Lepanto.) Siempre quise hacerle dos preguntas, y sólo me atreví a una: ¿se arrepiente de no haber salido de Puebla? Me contestó a la manera del de la triste figura: Yo me quedé aquí por el amor de los poblanos. El amor, como para Quijote, siempre fue su faro y a veces, su puerto. La segunda pregunta nunca la hice. Hoy la hago: ¿Por qué Sancho Panza nunca acudió a su llamado?

En el fondo sabemos la respuesta, muy adecuada para alguien con la naturaleza del profe Palou, a quien los hados siempre favorecieron: "Lo que natura non da, Salamanca non presta".





PEDRO MAURO
RAMOS VÁZQUEZ

La búsqueda del hombre honesto con la Linterna de Diógenes

Hombre de todos los tiempos, personaje que dejó un legado inmenso para los poblanos de ayer, hoy, y los de las futuras generaciones.

En vida fue el más ferviente promotor cultural de Puebla, Maestro por más de treinta y cinco años, cronista entrañable y fundador de instituciones.

Escritor de las principales epopeyas poblanas. Fue un enamorado del deporte donde también destacó su participación, tanto local como a nivel internacional.

A él debemos la creación de la Casa de la Cultura, lugar que hoy lleva su nombre, así como la coordinación de las casas de cultura en todo el estado, a su vez la creación de la red de bibliotecas públicas, el Instituto Cultural Poblano y la fundación de dos Consejos de la Crónica, el capitalino y el del estado, los cuales permiten en rescate y la difusión de nuestra historia y del diario acontecer. En su camino, Pedro Ángel nos correspondió con muchas vocaciones, pero todas ellas con un solo fin *La cultura*. Ya que como bien lo dijo José Vasconcelos “tanto hace por la cultura quien la crea, como quien la promueve”.

Galardonado innumerables veces, recibiendo premios y reconocimientos nacionales e internacionales, sin embargo, en vida él siempre decía que se enorgullecía de que sus mayores logros era haber tenido dos hijos fuera del matrimonio; uno de ellos el libro *El 5 de mayo* y la otra *La Casa de la Cultura*.

Para los poblanos, el ver hoy, y conocer su obra es apenas lo justo para el reconocimiento a su trabajo, y como mínimo recordatorio a su fructífera obra elevamos nuestro más sincero agradecimiento, dedicando este recuerdo en homenaje a su memoria, a su legado, a sus palabras, en la ausencia de su presencia, a su familia, amigos, alumnos, colaboradores, autoridades, artistas, lectores, cronistas y sobre todo a los amantes de la cultura.

En el año de 1995, llegó a casa por conducto de mi padre un pequeño cuadernillo café sobre la historia de Cholula con un grabado dorado en la portada y al final incluía un códice, y al tenerlo por primera vez en mis manos a la temprana edad de 11 años, recuerdo bien que fue ahí que dio inicio el interés personal de recopilar y dar a conocer la historia de mi comunidad.

A esa temprana edad no tenía la idea ni el conocimiento de la importancia de un libro, ni mucho menos la de su autor. Fue hasta el año 2009 quizá por la inquietud, perseverancia o terquedad, que fui nombrado a la edad de 22 años cronista de mi comunidad, ya con el nombramiento, fui invitado oficialmente a la Reunión General del Consejo de la Crónica del Estado de Puebla, en aquella ocasión conocí y escuche por primera vez a su presidente “El Profe Palou”, y cuál fue mi sorpresa que dicho personaje era el autor del cuadernillo que de niño me inspiró a esta noble vocación de cronista.

Con el tiempo me di a la tarea de iniciar una recopilación de toda la obra de nuestro homenajeado, tarea nada fácil cuando empecé a conocer su vasto legado, libros, folletos, periódicos, revistas, videos, prólogos etc., empezaron a acumularse y en cada uno le solicité me dejara un sencillo testimonio con su firma, un autógrafo que perdurara por siempre. En todos y cada uno de los textos de su autoría que le llevé, el *Profe*, tenía la gentileza de platicarme anécdotas que giraban en torno a cada obra, a cada texto, dejando ciertas pistas para conocer un poco más a ese hombre sabio.

Con esta actividad, comencé a sentir un gran respeto hacia el profesor Palou que simulaba la amistad del joven Joaquín García Icazbalceta con el gran historiador José Fernando Ramírez a mediados del siglo XIX. A quien el joven envió una carta dirigida a Fernando Ramírez durante los últimos años de su vida, en la que el mismo Ramírez aseguraba que en medio de su tarea solitaria esa carta era un consuelo a su persona y a su avanzada labor. La carta contenía las siguientes líneas:

Hace ya algunos años que comencé a mirar con interés todo lo que tocaba nuestra historia, y a recoger todos los documentos relativos a ella que podía haber a las manos, el transcurso del tiempo en vez de disminuirla fue aumentando esta afición que ha llegado a ser en mí, casi una manía.

Como estoy persuadido que la mayor desgracia que le puede suceder a un hombre es errar su vocación, procure acertar con la mía y halle que no era la de escribir nada nuevo, si no a copiar materiales para que otros lo hicieran, allanar el camino para quien este reservada la gloria de nuestro País.

Humilde como es mi destino de peón me conformo con él y no aspiro a más y para ello solo cuento con tres ventajas: paciencia, perseverancia y juventud.

Con el paso del tiempo, fueron varias experiencias en las que inmerecidamente el profesor Palou, me ofreció su confianza y su apoyo, sin embargo creo que lo que más reconfortante fue que durante los últimos meses, tal vez me convertí en un confidente, charlábamos por horas, ¿de qué? de su vida, de sus planes, de sus proyectos, de lo que le molestaba, lo que lo hacía rabiar, de lo que lo impulsó para tantas cosas, sus debilidades, tristezas y frustraciones, y de la misma manera sus triunfos.

El último día antes de salir de vacaciones de diciembre de 2017, como era ya costumbre acudí a su oficina a platicar con él, le lleve unos libros de su autoría para que me obsequiara su firma y en uno de ellos escribió lo siguiente: *Para el incansable Pedro Mauro, en su búsqueda del pasado con la “LINTERNA DE DIOGENES”.*

El de su muerte, fue día de tristeza tras su pérdida y hoy puedo decir que no solo encontré su pasado con la *Linterna de Diógenes*, sino que encontré a ese hombre honesto, al inmortal que sacrificó su historia personal en pos del rescate de la historia de Puebla, pero sobre todo al maestro, al amigo, al que agradezco sus consejos, su apoyo, su enseñanza y su confianza.